



Palabras gruesas



Germà Bel

Profesor de Economía de la Universitat de Barcelona

SORPRENDE la pasión con que algunos políticos y articulistas abordan las cuestiones relativas a la política catalana. Todo lo lingüístico desata torbellinos emocionales de gran dimensión fuera de Cataluña. Quizás la gesticulación simbólica característica del Gobierno de CiU, sostenido por el PP, haya trasladado al resto de España una imagen deformada de la convivencia lingüística cotidiana en Cataluña. Aunque de ahí a pregonar la existencia de una práctica persecución del castellano, como hacen algunos, media una gran exageración, mezcla de desconocimiento de la realidad y apasionamiento ideológico. Este último, aunque legítimo, es perjudicial en las cuestiones lingüísticas. Es mejor permanecer abiertos a la realidad, aunque nos refute las teorías. En este sentido, la evaluación de los estudiantes catalanes en el curso 2001-2002 ofrece unos resultados empíricos interesantes. Tanto los de 4.º de primaria (10 años) como los de 2.º de secundaria (14 años) han mejorado el conocimiento del catalán y el castellano. Al comparar el nivel de competencia en cada una de estas lenguas, las calificaciones de castellano son superiores a las de catalán. Y los resultados preliminares del próximo informe Pisa, de la OCDE, señalan que

los estudiantes catalanes de secundaria obtienen mejores resultados en lengua castellana que la media del resto de España. A mí me gustaría que mejorasen sus resultados de catalán, llegando al menos al nivel del castellano. Pero, en cualquier caso, seguro que esto será reconfortante para quienes estén sinceramente preocupados por las perspectivas del castellano en Cataluña (¿no?). Otra muestra del excesivo acaloramiento verbal que suscita la política catalana se observa en los comentarios sobre las propuestas de reforma estatutaria que impulsan cuatro de los cinco partidos parlamentarios en Cataluña. Es lógico que cada uno tenga su propia idea sobre la conveniencia o no de estas reformas. Pero, en todo caso, sería civilizado moderar el grosor de las palabras que se están virtiendo. Por ejemplo, tomemos la reforma más cercana al marco constitucional actual, la impulsada por Maragall. Ésta propugna que la Generalitat preste atención especial a las relaciones con las autonómicas limítrofes, con Andorra y el sur de Francia para mantener relaciones de cooperación en materia social, cultural y económica. ¿Buena idea? Es lo que marca la realidad social y económica, además de los manuales académicos sobre política regional. Y es lo habitual en los países con estructura política compleja, y en la

Sería bueno, y útil, rebajar el tono verbal que algunos emplean ante las cuestiones de política catalana

UE en general. ¿Mala idea? Quizás para algunos, o para muchos, lo sea. Sobre gustos.... Pero, en cualquier caso, no parece tan osada como para merecer el calificativo de 'pancatalanismo trasnochado de Maragall', regalado por el portavoz del PP en el Senado. También parece algo exagerada la calificación de 'propuesta de anexión a Cataluña de Aragón, Valencia y Baleares' (sic) que le atribuía hoy mismo un analista de una emisora radiofónica de información económica. Otra propuesta de Maragall es reformar la Constitución para transformar el Senado en una cámara territorial 'a la alemana'. No es muy nueva; aunque no se cumplió, ya figuraba en el programa electoral del PP para 1996. Sorprende que Manuel Fraga la haya calificado como 'traición' (sic) a España. Desde el punto de vista penal, la acusación de traición es menos problemática ahora que unas décadas atrás. Pero, ¿es inteligente lanzar tal acusación contra unas propuestas de reforma que impulsan partidos que reúnen el 90% de los votos autonómicos? Porque, si en su conjunto, estas fuerzas conservan o aumentan sus apoyos en Cataluña en las próximas elecciones, como parece muy probable, ¿cabría considerar como traidores a la práctica totalidad de los electores catalanes? Igual se molestan un poco. Sería bueno, y útil, rebajar el tono verbal que algunos emplean ante las cuestiones de política catalana, porque no veo que estas palabras gruesas conduzcan a nada bueno.